

Placa en honor de don Manuel Torres

PRIMER MINISTRO DE COLOMBIA ANTE EL GOBIERNO
DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Colocada en Filadelfia, Estados Unidos de América, el 20 de julio.

El 20 de julio se verificó en Filadelfia, Estado de Pensilvania, Estados Unidos de América, la ceremonia de la colocación en una de las paredes de la iglesia de St. Mary, de una placa de bronce en honor de don Manuel Torres, primer ministro de la República de Colombia ante el Gobierno de los Estados Unidos, y primer Agente Diplomático de las repúblicas de la América española que fue recibido oficialmente en Washington en 1822.

Don Manuel Torres vivió por largo tiempo en Filadelfia y murió en aquella ciudad. Jhon Quincy Adams en sus Memorias se refiere repetidas veces a la importancia que tuvieron las labores del diplomático colombiano para obtener del gobierno de los Estados Unidos el reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias españolas. Son también muy importantes las entrevistas que en 1822 tuvo Torres con el Presidente Monroe sobre puntos de política internacional americana relacionados con la declaración que en el año siguiente hizo el Presidente en su histórico Mensaje.

En la ceremonia que se verificó el día 20 en Filadelfia hicieron uso de la palabra el Ministro de Colombia en los Estados Unidos, doctor Enrique Olaya; el alcalde de Filadelfia, Hon W. Freeland Kendrick; el doctor L. S. Rowe, director general de la Unión Panamericana, y Mr. Charles Lyon Chandler, secretario del comité Pro-Memoria Manuel Torres.

El doctor Olaya pronunció el siguiente discurso:

Señor Alcalde, señores miembros del comité Pro-Memoria Manuel Torres, señoras y señores:

Estamos congregados hoy para rendir homenaje a la memoria de un hombre ilustre cuya existencia se extin-

guió hace poco más de un siglo en esta ciudad de Filadelfia, después de haber consagrado sus mejores energías a servir la libertad y la independencia de la América española. Por las calles que ante nuestra mirada se ofrecen, desfiló el cortejo fúnebre de don Manuel Torres y sus despojos mortales quedaron sepultados en este cementerio de St. Mary, sobre los muros de cuya iglesia vamos a colocar una lápida que recuerde sus hechos y su nombre. En ese día 17 de junio de 1822, los barcos anclados en las aguas del Delaware llevaron sus banderas a media asta en señal de duelo; representantes especiales del Gobierno federal y del ejército y la marina americana se juntaron a la manifestación de pesar por la desaparición del diplomático amigo, y la ciudad de Filadelfia, donde Torres tuvo su hogar por más de 25 años, rindió tributo de honor al estadista y al caballero que por sus sobresalientes dotes de inteligencia y de carácter, había ganado la estimación y el afecto de numerosos corazones. Tan relevantes fueron sus méritos y tan grandes las virtudes que adornaban la personalidad moral de don Manuel Torres que el tiempo no los ha borrado, y hoy, pasado un siglo, el gobierno de Colombia y los hijos de Filadelfia, algunos de ellos descendientes de los amigos de aquel ilustre varón, renuevan en este sitio el testimonio de su admiración y gratitud.

Pocos días antes de morir había puesto Torres en manos del Presidente de los Estados Unidos de América la credencial del gobierno de la República de Colombia autorizándolo como su primer Agente Diplomático en Washington. Aquel acto fue la coronación de una larga labor conducida con mano experta y no marcó únicamente la amistad oficial de las dos repúblicas sino que fue el punto de partida en una política continental destinada a adquirir proporciones extraordinarias puesto que, por vez primera, era recibido oficialmente en Washington un representante de las repúblicas de la América Latina nacidas a la soberanía y a la independencia después de larga y

cruenta contienda. Conmoveras circunstancias acompañaron aquella ceremonia, pues tan poca vida la restaba a Torres que difícilmente podía marchar sin ayuda, según lo consignó en sus Memorias Jhon Quincy Adams. Cuando Torres expresó al Presidente Monroe la trascendencia que para el continente americano tenía el reconocimiento de la nueva república fue vencido por la emoción. El presidente con iguales sentimientos manifestó el gran interés que el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos abrigaban por el porvenir de la nación cuya voz llevó Torres en aquel momento histórico. Así quedaba iniciada una era nueva que por sobre las dificultades inevitables en el desarrollo de toda gran concepción, acabará por señalar el triunfo de lo que para el estadista cuya memoria honramos, fue un ideal y un propósito perseguido sin desmayos: la solidaridad de intereses y derechos entre todos los pueblos del continente americano.

Al espíritu perspicaz de Torres nunca se ocultó que aquella era una sabia orientación de la política internacional americana. En la persecución de tal fin fue un precursor y un hombre de fe, ganando con ello el primer título a la gratitud de los pueblos cuya grandeza y ventura merecieron todos sus desvelos. La época en la cual hubo de desarrollar su labor constituyó en la historia política del nuevo mundo uno de esos períodos decisivos en la suerte de las naciones. Para fortuna de Colombia y de todo el continente, la generación que hubo de dirigir entonces los acontecimientos fue por el heroísmo y por la previsión, por el desinterés y por la constancia, digna de los grandes deberes de la hora. Si en los campos de batalla era preciso cumplir magnas proezas y levantar las armas a las cimas del más alto sacrificio, en los gabinetes de los estadistas la obra de inteligencia y de sabiduría que era menester realizar, demandaba eximias dotes. En esta faz de actividad civil y diplomática ocupaba puesto de primer orden fundar la amistad de los Estados Unidos de América con las nuevas nacionalidades del Sur,

sobre bases de justicia y de igualdad. Esa labor en lo que a la Gran Colombia correspondía quedó en manos de Torres y él la cumplió con tal destreza, con tal previsión, con tan claro entendimiento de su trascendencia en el futuro, que así lo reconocieron los contemporáneos y lo ha consagrado luego el juicio de la historia. Los despachos dirigidos a su gobierno y los que hizo llegar ante el de Washington así como los relatos que han quedado de sus entrevistas con el presidente Monroe, le dan puesto de primer orden entre las personalidades que en aquella época cimentaron la política exterior de las repúblicas americanas. Todos esos documentos, inspirados invariablemente en un mismo propósito, representan una de las más valiosas contribuciones para el edificio moral que permite a los pueblos de este continente ir unidos en idéntico pensamiento de armonía internacional.

Los parlamentarios y hombres de gobierno que en los Estados Unidos comulgaban en el mismo alto ideal tuvieron siempre en Torres un colaborador tan capaz como entusiasta. Por ser así cuando llegó el día en que el congreso de los Estados Unidos autorizó el envío de agentes diplomáticos a las nuevas naciones independientes de la América del Sur, Henry Clay,—uno de los más generosos y de los más elocuentes apóstoles de aquella causa—se dirigió a Torres con palabras de cálido alborozo. «Ayer—le escribía al participarle el fausto suceso—la causa de Sur América ha terminado por prevalecer. La cámara adoptó mi resolución que tiene por sustancial objeto el reconocimiento de los gobiernos independientes y por ello congratulo a usted. En cuanto a mí, ha sido un día de orgullo y de honda satisfacción. En donde quiera será profundamente sentida la tendencia moral del hecho».

De entonces a hoy los sentimientos que así expresaba Henry Clay y a los cuales servía Torres con profunda devoción, han ganado en poderío y en significación. El tiempo ha ido poniendo cada día en mayor relieve el acierto de esas ideas y la visión de los espíritus que les

dieron ser. La posteridad le rinde la merecida justicia y cuando nos reunimos en un acto como el de hoy, no es sólo para mirar con orgullo hacia los iniciadores de esa obra sino para tomar fuerza y ejemplo en sus grandes acciones. Si a Torres como a Clay, como a todos los hombres que ilustraron aquella época de la historia continental les fuera dado volver a la vida, podríamos afirmar, conociendo lo que fueron, que su más férvida aspiración sería la de contemplar estrechamente unidas las repúblicas americanas, al amparo de la libertad que tuvo hace 150 años en Filadelfia una de las más trascendentales afirmaciones en la historia humana; a la sombra de la prosperidad material, hija de esa misma libertad, que haciendo fuertes a los pueblos los enaltece también moralmente; bajo los auspicios de la justicia que aproximando a todas las nacionalidades del continente, forma y afianza entre ellas vínculos indestructibles de fraternal amistad».

El doctor Rowe pronunció el siguiente discurso:

«Considero como un alto privilegio el que se me haya permitido participar en esta sencilla pero muy impresionante ceremonia. Para todos aquellos que se interesan en el desarrollo de relaciones más íntimas entre los Estados Unidos y nuestras repúblicas hermanas del Sur, la memoria de Manuel Torres tiene una significación y lleva consigo una inspiración que se hace más viva y poderosa a medida que pasan los años. Este patriota vio con toda clarividencia concedida a muy pocos estadistas la unidad fundamental de intereses de las repúblicas americanas, así como también la importancia de una unidad de propósitos y sentimientos. Ningún homenaje más expresivo puede ofrecerse a sus grandes cualidades que la simple mención de que él se dió cuenta, antes que cualquiera de los estadistas de los Estados Unidos, de la necesidad de desarrollar un sistema internacional americano por virtud del cual se mantuviera la paz de este continente, sistema que a la vez viniera a ser, con el transcurso de

los años, uno de los más importantes elementos de conservación de la paz universal.

Cuando en 1822 Manuel Torres fue recibido en su carácter de representante acreditado de la Gran Colombia por el presidente de los Estados Unidos, vió en esta misión el cumplimiento de una de sus más grandes esperanzas. La escena en la Casa Blanca en esa memorable tarde del mes de junio de 1822, cuando, con salud quebrantada, fue presentado oficialmente al presidente Monroe, no sólo constituyó la realización de una gran esperanza sino que fue una promesa, no menos grande, para el porvenir. Aun cuando la doctrina Monroe no se había promulgado hasta entonces, los propósitos por los cuales había trabajado Torres estaban en vía de una pronta frucción.

Manuel Torres siempre será una gran figura en los anales de las relaciones internacionales del continente americano; siempre ocupará un puesto muy elevado entre los que tuvieron la visión de un panamericanismo constructivo. Es muy apropiado, por lo tanto, que la Unión Panamericana, la cual en el verdadero sentido de la palabra es el resultado lógico de sus esfuerzos, rinda en esta gloriosa fecha el más sincero homenaje a su memoria. En nombre de la Unión Panamericana deposito esta corona como un tributo a la memoria de un gran patriota americano».

EL SALVADOR

En un cuchitril infecto, alumbrado por humosa lámpara de petróleo, alrededor de una mesa, en la que el muge eclipsa al barniz, y ante sendos jarros de vino, hablaban sigilosamente tres hombres.

Uno de ellos, fuerte, robusto, de franco pero triste mirar, hablaba con calor.

Los otros dos, de torvo aspecto y recelosa actitud, parecen prestar más atención a los rumores de la calle que